

RAFAEL GAUNE CORRADI Y ANTONELLA ROMANO (EDS.), *Fragmentos de mundo. Objetos y artefactos americanos en tránsito (siglos XVI-XX)*, Lisboa, CHAM, FCSH, 2023, 204 págs.

La coraza de un armadillo americano en un mercado de Constantinopla, a mediados del siglo XVI. “Pielas finas de nutria” (p. 135) del sur de Chile, intercambiadas en Manila por azogue chino, indispensable para la minería argentífera en la Nueva España. Cascarilla (quina) andina, macerada en vino español –o en vinagre marroquí, “por los escrúpulos de los creyentes” (p. 90)–, o preparada como limonada febrífuga agrídulce, en mostradores de mercados cantoneses y arcones medicinales de Luanda. Libros de autocuidado médico, traducidos del francés al español, en el Santiago de finales del siglo XVIII. Cajas de metal, rellenas de pergaminos, monedas y medallas británicas, enterradas bajo pilas de piedras, para marcar el paso de la Royal Navy por los archipiélagos magallánicos, ya entrado el siglo XIX. Un pedazo de cielo, de millones de años atrás, fijado por un telescopio en el desierto de Atacama. Un azulejo en el Colegio de Santo Antão de Lisboa, reproduciendo una imagen de un libro publicado en Amberes, sobre la historia de las misiones jesuitas en el curso del primer siglo de la Compañía. La imagen muestra a un *putto* dando vuelta a un mecanismo que mueve el mundo desde su lugar sobre un muro en la capital portuguesa. He acá algunos de los fragmentos que integran la colección curada por Antonella Romano y Rafael Gaune Corradi, *Fragmentos del mundo: objetos y artefactos americanos en tránsito (siglos XVI-XX)*, que suma nueve estudios de caso y una introducción a cargo de los editores a la bibliografía de nuestra modernidad fascinada por la proliferación vertiginosa de objetos –y de sus sentidos y también de sus sinsentidos–, hipnotizada ante el reto de leer un mundo inestable desde sus ruinas.

El libro propone seguir las huellas de varios objetos que circularon entre América y Europa a lo largo de cuatro siglos, guiado por la premisa que, en sus desplazamientos, las cosas son desasociadas de sus contextos “originarios” para ser recontextualizadas, una y otra vez, a través de nuevas asociaciones, con otros objetos, dentro de nuevas colecciones físicas y arreglos conceptuales. En el curso de estos desplazamientos, se generan nuevos conocimientos –y se silencian u olvidan otros–, pero también se refuerzan o se deshacen relaciones y arreglos geopolíticos. Metodológicamente, seguir los fragmentos del mundo es a la vez una estrategia para examinar y reconstruir estos arreglos. Además de juntar objetos, el libro reúne investigadores quienes trabajan dentro de contextos lingüísticos y disciplinarios distintos, en Chile y en Francia, que raramente entran en diálogos sostenidos como los que dan forma a este experimento intelectual. Ofrece, por lo tanto, la invitación a reflexionar sobre qué tipo de ensamblajes académicos resultan de la apertura al desplazamiento geográfico y conceptual.

Fragmentos de mundo propone varias pistas de lectura y en esta reseña me limitaré a señalar dos. Primero, los nueve capítulos despliegan una compleja cartografía de lugares – Lisboa, Madrid, Roma, París, Constantinopla, Santiago, Concepción, Atacama, el

estrecho de Magallanes— para preguntarse qué implica coleccionar el mundo desde cada uno de estos sitios. ¿Qué configuraciones sociales, culturales, lingüísticas y comerciales hacen posible la acumulación —o la dispersión— de fragmentos del mundo? ¿Qué limitaciones materiales, obstáculos geográficos o epistemológicos determinan qué se colecciona y cómo? ¿Qué forma toma la colección en diferentes lugares?

Es la pregunta que articula el capítulo “*Unus non sufficit orbis? Compositions savantes d’un monde fragmenté dans L’Europe catholique de la première modernité*”, donde Antonella Romano reflexiona qué es lo que hace de Roma la *ville monde* del siglo XVI, uno de los centros por excelencia que aspira a juntar los fragmentos del mundo conocido (por los europeos). Roma, deja ver Romano, es a la vez capital política y religiosa, con una fuerte cultura aristocrática y diplomática; acá los objetos arriban en forma de dones y de colecciones misioneras, para ser depositados en bibliotecas y gabinetes. Pero no es todo. Roma misma está hecha de temporalidades múltiples, donde el fragmento y la ruina constituyen las pruebas materiales sobre las cuales se construyen conocimientos. Las prácticas filológicas y humanistas desarrolladas para integrar las culturas materiales y las lenguas del pasado al tiempo del presente se convierten en estrategias de evangelización para incorporar las nuevas lenguas, que son espacios en blanco en la Biblia políglota. Si Roma emerge como una especie de dispositivo para ordenar los fragmentos del mundo dentro de nuevas narrativas católicas, a su vez, son estos fragmentos que le dan sentido como centro del mundo.

La península ibérica es otro centro del mundo católico, que toma definición en el siglo XVI como límite oriental del Atlántico, desde donde se lanzan misiones y miradas sobre África y sobre América. África es conocida, en parte, América es nueva, nos recuerda Leonardo Ariel Carrió Cataldi en “Las gentes y las cosas. Construcciones fragmentarias de los horizontes coloniales ibéricos: África y América (ca. 1492-1560)”. Es a través de su relación con África que América se vuelve legible, pero también el conocimiento de América cambia lo que se sabe y se puede saber sobre África. Carrió Cataldi invita al lector a poner en práctica una mirada estrábica, es decir, a mirar hacia un lado sin perder de vista el otro, para repensar 1492 como el momento cuando, al poner en movimiento fragmentos del mundo natural y de personas como cosas, las monarquías ibéricas construyen sociedades coloniales caracterizadas por asimetrías políticas y sociales entre las cosas y las gentes que las integran. Reflexionando en torno a textos ya devenidos canónicos de Igor Kopytoff —y mucho importa acá, insiste con razón Carrió Cataldi, que Kopytoff haya centrado su trabajo antropológico sobre África—, este capítulo nos recuerda que nuestra fascinación contemporánea con la vida social de las cosas tiene en realidad raíces más profundas porque la polarización entre persona y cosa nunca fue tan radical como pensamos: hay personas quienes entran y salen de regímenes de esclavitud y cosificación. Las preguntas sobre la naturaleza humana y la tematización de la conquista no fueron, por lo tanto, exclusiva al Nuevo Mundo, como lo muestra Carrió Cataldi al seguir la historia editorial de la *Brevísima destrucción de las Indias*, de Fray Bartolomé de las Casas y *Destrucción de África*, de Baltasar del Hierro, publicadas con

unos años de diferencia, 1552 y 1560 respectivamente, por el mismo editor, en Sevilla. La destrucción material perpetrada en los dos continentes deja a su paso fragmentos del mundo social y natural en el suelo ibérico; es a partir de allí, insiste Carrió Cataldi, que adquieren forma América y África.

Si Roma y la península ibérica se vuelven, para el siglo XVI, dispositivos a través de los cuales se ponen en relación –la mayor de las veces de manera asimétrica– los fragmentos del mundo conocido, otros contribuyentes al libro se preguntan qué implica construir mundos desde lugares relativamente marginados, como lo son Francia en el siglo XVI (con respecto a América) y Chile (con respecto al resto del imperio español y luego al mundo occidental de los siglos XIX y XX). ¿Qué fragmentos se juntan en las márgenes? ¿Qué arreglos políticos y materiales se hacen visibles al seguir la construcción de colecciones chilenas? En el capítulo “Naturaleza chilena en el Muséum d’Histoire naturelle de Francia. Claudio Gay y la empresa global de la Historia Natural”, Daniela Serra explora las estrategias de colección del naturalista francés Claudio Gay, quien fungía a la vez como recolector de objetos de historia natural para el Muséum d’histoire naturelle en París y para el gobierno chileno –hoy se le reconoce como uno de los fundadores del Museo Nacional de Historia Natural de Chile–. Surgen por lo tanto las siguientes preguntas: ¿Los objetos que integran cada una de estas colecciones eran duplicados unos de los otros? ¿Qué decide recolectar Gay para el museo chileno y para el museo parisino reconocido como centro del coleccionismo de historia natural en el siglo XIX? ¿Cómo cambian sus prácticas de colección? En principio, una colección de la “naturaleza” chilena sería la misma, en París y en Santiago. Que esto no sea el caso refleja narrativas y usos distintos de lo “natural” en un lugar y en el otro.

Por otro lado, en el capítulo “El tránsito de los saberes médicos. Adquirir, consultar y codificar libros de divulgación de conocimiento médico en Chile durante el siglo XVIII”, Mariana Labarca sigue la huella de un puñado de libros de autocuidados médicos –dos traducidos del francés y otro impreso en la Nueva España– en registros de bibliotecas chilenas del siglo XVIII. Para los estudiosos de historia de la medicina, la circulación de estas publicaciones en Chile refleja la escasez de médicos en la colonia y ofrece la oportunidad de rastrear regímenes de cuidados corporales entre lectores no especializados. ¿Qué pensaban sobre sus cuerpos? ¿Sobre la salud y la enfermedad? ¿Compartían nociones corporales europeas? ¿Cómo sustituían con remedios locales las recetas propuestas para contextos franceses o novohispanos? Desafortunadamente, constata Labarca, esto no se sabe. Con algunas excepciones, los enfermos chilenos del siglo XVIII no han dejado diarios de sus padecimientos, como los historiadores sí encuentran entre enfermos ingleses, por ejemplo. La falta de testimonios escritos es una constante que atraviesa la historiografía de la ciencia latinoamericana. Habría que reflexionar, por lo tanto, sobre cómo escribir historia de la ciencia ante la falta de material documental. ¿Qué mirada estrábica habría de practicar el historiador? ¿Cómo habría de redefinirse el archivo y los tipos de fragmentos que le integran? ¿Cómo escapar de la

lógica de la ausencia, cómo no caer en narrativas difusionistas, en modelos centro/periferia que han marcado la historia del conocimiento científico en América Latina?

Porque, a fin de cuentas, no hay nada más periférico que el desierto de Atacama. Y, sin embargo, como muestra Bárbara Kirsi Silva en su capítulo, “El universo se encuentra en Atacama. Fragmentos de cosmos desde un observatorio del desierto”, es precisamente en su condición extrema –climática y geográficamente– que Atacama se convierte en un centro astronómico reconocido internacionalmente. Hay en este capítulo una tensión rica. Por la escasa humedad y la estabilidad de su atmósfera, con sus cielos libres de nubes y neblina, Atacama promete transparencia, acceso no mediado al objeto de estudio, es decir, esa especie de vista desde ningún lado (“*view from nowhere*”), sobre la cual se construye la ciencia moderna. No obstante, la promesa de objetividad depende de condiciones locales y de intereses geopolíticos muy específicos, como lo demuestra Bárbara Silva, en su esbozo del largo proceso que llevó a la instalación del observatorio en Paranal. Juntar fragmentos de alta tecnología en el desierto chileno no es algo ni obvio ni natural, sino que resulta, en primer lugar, de las observaciones meteorológicas de las poblaciones locales y luego, de negociaciones entre astrónomos europeos y estadounidenses, que, en última instancia, hacen de este pedazo de desierto el objeto de intereses políticos en el contexto de la Guerra Fría y de la dictadura chilena. Si el observatorio llegó a cambiar el paisaje desértico –pensemos en caminos, cableado eléctrico, agentes extranjeros, por ejemplo–, su existencia allí depende del cuidado cotidiano de los trabajadores locales que lo mantienen.

Llegamos así al segundo eje que articula *Fragmentos del mundo*: la pregunta sostenida, a lo largo de varios capítulos, sobre el trabajo que implica trasladar y traducir objetos, datos, personas y saberes entre fronteras lingüísticas, geográficas y conceptuales. Tal vez no hay manera más sugerente de reflexionar en torno a esta pregunta que la reconstrucción del armadillo en la Francia del siglo XVI –que se encontraba en ese momento al margen de la circulación de objetos y conocimientos americanos–, a partir de pedazos y dibujos del animal, que explora Oury Goldman en el capítulo que abre el libro, “Savoirs fragmentés? De la connaissance de l’Amérique par sa matérialité dans la France du XVI^e siècle”. A Francia, explica Goldman, las cosas llegaban a veces a través de unos cuantos viajeros, como fue el caso del naturalista Pierre Belon du Mans –quien no viajó a América, sino que entró en contacto con objetos americanos en un mercado de Constantinopla–, otras veces a través de regalos diplomáticos o de actos de piratería, pero, la mayor parte, a través de redes comerciales, regidas por el valor de la novedad, de lo exótico y por el valor de cambio. ¿Qué nombres venden? ¿Cómo aprovechar el éxito comercial de ciertos referentes –como es el calificativo y marcador de valor “de India”– para hacer emerger nuevas categorías de objetos? En otras palabras, Goldman nos invita a pensar que el valor no es intrínseco a las cosas, sino que se construye, a través de estrategias, materiales, escriturales e iconográficas, y de asociaciones con otras cosas y otros nombres, provenientes de diferentes lugares del mundo.

Si Oury Goldman se pregunta qué es un armadillo en la Francia de mediados del siglo XVI, en su capítulo “¿Qué es una nutria? ¿Qué es una luma? Formas de describir el conocimiento en el siglo XVIII (Concepción-Lima-Cádiz-Madrid)”, Rafael Gaune y Olaya Sanfuentes preguntan qué cosa es una nutria en el Chile de finales del siglo XVIII. O, dicho de otra manera, ¿cómo buscar nutrias en el sur de Chile, para integrarlas al lucrativo comercio con pieles de nutria a través del Pacífico? La solicitud que hace la Real Compañía de Filipinas al gobernador de Chile pide informes sobre especies, calidades de sus pieles, parajes, dificultades de pesca. Pero cuando la petición llega a los confines del territorio chileno, resulta que nadie ha visto una nutria. Un *chinchimén*, un *coipu*, un *guillín* —es decir animales marinos locales con pelaje, sí, pero no una nutria. Este tipo de respuestas— que se repiten a lo largo de los territorios americanos desde los primeros momentos del encuentro ponen de manifiesto qué está en juego en estos ejercicios de traducción, entre las instrucciones preparadas en el gabinete y las experiencias en contextos lingüísticos y culturales diferentes. Cuando el franciscano Fray Bernardino de Sahagún, doscientos años antes, había pedido a los indígenas mexicanos que describieran un sistema planetario, ¿cómo no quedar perplejo ante la solicitud? ¿Qué propiedades hacen que un planeta sea identificable como planeta y una nutria sea una nutria? ¿Cómo traducir objetos entre fronteras lingüísticas y conceptuales? En el caso específico de la nutria, cuyo interés (para los españoles) radica en su valor comercial, el conocimiento es metonímico: una nutria es pelaje, aun cuando un mismo nombre se puede referir a muchos animales y muchos nombres a un solo animal.

Este tipo de reconstrucciones de las trayectorias de los objetos hacen necesario repensar la historiografía de la liquidez que se ha impuesto en las últimas décadas y que ha tendido a olvidar los obstáculos y las resistencias que afectan o impiden la circulación de las cosas. De hecho, lo más normal es que las cosas no fluyan, insiste Stefanie Gänger en “‘El medicamento más importante, y el más usual que posee la medicina’. La quina y el conocimiento médico en tránsito en el Mundo Atlántico”. En otras palabras, ¿cómo explicar la universalización de la quina como remedio en el mundo atlántico en los entornos ligados a éste? Si la quina llegó a constituirse como una categoría reconocible en lugares tan distintos —desde manuales escoceses hasta instructivos quirúrgicos de la guerra de Independencia de Estados Unidos y desde farmacopeas del África Occidental hasta recetas y colecciones del Virreinato del Perú—, esto se debió, explica Gänger, a su capacidad para “ligarse a localidades, para establecerse y situarse” (p. 96). Su inserción en lógicas globales de circulación se hizo a través de actos de comunicación contingentes, que dan cuenta de gustos y sensaciones muy locales.

Finalmente, *Fragmentos del mundo* invita al lector a pensar sobre los usos de los fragmentos y vestigios del pasado para el presente. ¿Qué objetos decidimos reunir en un libro, qué historias contar, cómo recordar el pasado desde distintos presentes? Por el otro lado, ¿qué historias decidimos no contar? ¿Qué fragmentos quedan para siempre olvidados, opacados, silenciados? En su capítulo “Objetos ingleses en Magallanes. Los *Memorials* de la expedición de Phillip Parker King (1826-1831)”, Ximena Urbina

estudia los memoriales que dejó la expedición inglesa de reconocimiento detrás de su paso por los archipiélagos magallánicos. Seis pilas de piedras que entierran cajas de metal con fragmentos de cultura material inglesa, para dar cuenta de la presencia de los ingleses que puntuaron la costa chilena con nombres extranjeros –Cabo Gloucester, Cerro Beagle, Isla Skyring– borrando así del mapa, me imagino, los nombres locales que daban otro sentido a esos paisajes. Pero si los ingleses llegaron a perturbar el paisaje del sur de Chile, sus memoriales a su vez han sido perturbados. Cuatro de ellos han sido extraídos, dos de ellos en plena época de la dictadura chilena; tres se hallan expuestos en museos y uno está perdido. Uno quisiera saber para qué. ¿Por qué mandar a la armada chilena a recobrarlos? ¿A qué intereses responde este gesto, de qué arreglos políticos y culturales dan cuenta estos fragmentos de la cultura marinera inglesa desde las vitrinas de museos chilenos? ¿De qué nuevas narrativas llegan a formar parte hoy? ¿Cómo se cuida, se colecciona y se expone, o se esconde el pasado? Las fotografías que ilustran el artículo ponen en evidencia prácticas museográficas contemporáneas, donde los objetos se separan de su conjunto original, para ser limpiados, restaurados, inventariados, uno por uno: una redoma de cerámica rota, un pergamino ilegible, arrugado... Estos objetos nos interpelan a pensar los fragmentos, en su sentido etimológico original, como cosas rotas, perdidas, desmembradas, fuera de lugar, y a no perder de vista la violencia que implica poner en movimiento personas y objetos de un lado al mundo al otro, a interrogar las colecciones para escuchar lo que callan, lo que silencian, lo que olvidan.

MIRUNA ACHIM

Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa
Ciudad de México